BARRY CARR, "Mexican Communism, 1968-1983. Eurocommunism in the Americas?", *Research Report Series*, 42, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego.

Barry Carr es bien conocido en México por sus trabajos sobre la historia del movimiento obrero *(El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, México, Era, 1981) y sobre los partidos políticos de izquierda (entre otros artículos: "Marxism and Anarchism in the Formation of the Mexican Communism Party, 1910-1919", *Hispanic American Historical Review*, 63:2, mayo de 1983; y colaboraciones en *Nexos*); de allí que este artículo tenga desde el principio un interés muy grande.

A la pregunta del título, Carr responde con un sí y un no. No se trata de una contradicción, sino de la ambigüedad de la propia realidad de muchos partidos políticos latinoamericanos, si se les mira, por supuesto, desde el ángulo de los partidos europeos y norteamericanos. Así lo hace Carr, y el itinerario que sigue en este ensayo parte de una definición de eurocomunismo, pasa por la historia del Partido Comunista Mexicano y por el tipo de política que puede practicar en un país de movimientos de masas para llegar a la adaptación del eurocomunismo al PCM.

El impulso para la transformación del PCM en un partido de corte eurocomunista provino, como tantas otras cosas, del Movimiento Estudiantil-Popular de 1968. A partir de ese año y a lo largo de la década de los sesenta, el PCM se transforma paulatinamente hasta que, en 1981, con la cración del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), adquiere muchos de los rasgos que caracterizan al PC francés o al italiano.

Para comenzar, el PCM se interesó y trató de influir en los sindicatos universitarios que dejó como secuela el 68; ancló, así, en universidades tan importantes como la de Puebla, la de Sinaloa o la Nacional de México. Esto le proporcionó una nueva base política que influyó a su vez en el propio partido colaborando a su cambio. A ese cambio también contribuyó la Juventud Comunista, descontenta por la incapacidad de los cuadros dirigentes para trazar una política coherente durante los días más difíciles del 68. Después de una fase guerrillerista, durante los últimos años setenta muchos miembros de la Juventud se reincorporaron al PCM o fundaron nuevos grupos de izquierda, como la Corriente Socialista.

Los documentos surgidos de los Congresos del PCM signan con precisión la transformación de la que hablamos. Los del XVI, celebrado en 1973, denuncian el despotismo presidencial y anuncian un periodo de renovación armada, pero, lo más importante, critican la idea de una Revolución Mexicana progresiva que creaba ilusiones sobre un posible giro del PRI hacia la izquierda. El XVII Congreso, de 1977, fue más claro a este último respecto: reconoce que la burguesía mexicana es incapaz de manejar la crisis provocada por las contradicciones inherentes al capitalismo mexicano, de tal suerte que propone la formación de un amplio "Frente Democrático Socialista" dirigido a ganar derechos democráticos y a poner en obra política antimonopólicas en previsión de una solución reaccionaria a aquella crisis. En el plano de la teoría este cambio de estrategia significó trocar la teoría de los dos estadios en la transición hacia el socialismo -primero la democracia, después del socialismo-, por un progresivo escalamiento de posiciones para ganar el poder popular.

Muy relacionado con lo anterior está el abandono de la idea de "vanguardia revolucionaria", que se abrogaba para sí mismo el PCM. En 1976, el Partido intenta aliarse con el Partido Revolucionario de los Trabajadores, como se sabe, de filiación trostskista. Tres años más tarde, se encuentra embarcado de lleno en la creación de la Coalición de Izquierda, a la que se integran también el Movimiento de Acción y Unidad Socialista (MAUS), el Partido Socialista Revolucionario (PST) y, mayoritariamente, el Partido Popular Mexicano (PPM). Durante el mismo año de 1979, la Coalición de izquierda participó en las elecciones para diputados (para entonces el PCM era un partido reconocido legalmente). Los resultados fueron muy alentadores: tres cuartos de millón de votos y 18 curules. Esta estrategia electoral contrastaba radicalmente con la que había tenido el PCM durante las elecciones de 1970 y 1973, en las que abogó por un "abstencionismo electoral activo".

Así, pues, desde 1968 el partido cambia de forma hasta convertirse en el PSUM que conocemos. La pregunta de Carr es entonces si este cambio vuelve al

PCM un partido eurocomunista. Para dilucidar el asunto revisa las convergencias y divergencias entre el modelo ideal del eurocomunismo -del cual ofrece una sucinta descripción en la primera sección del ensayo- y la realidad del PCM.

Los puntos de acuerdo son los siguientes:

Primero, la defensa de la soberanía de los Estados socialistas y el mantenimiento del principio de no intervención, aplicado a las relaciones entre la Unión Soviética y los partidos comunistas nacionales. En este caso la realidad se iguala al modelo: en 1968, el PCM condena intervención soviética en Checoeslovaquia y reinicia relaciones con China. En 1978, el partido decide adoptar una posición pública frente al stalinismo que aún sobrevive en los países del Este. El "socialismo realmente existente" pasa a ser un tema de crítica obligada.

En segundo término, se desecha la noción de "dictadura del proletariado". De hecho, durante el XIX Congreso, de 1981, ese término se troca por el de "poder obrero democrático".

En estrecha conexión con esto está el abandono, ya mencionado, de la idea de vanguardia revolucionaria, del pretendido monopolio de la interpretación marxista sobre la estrategia socialista a seguir en México. Aquí, el modelo comienza a perder su correspondencia con los hechos. El frente amplio que formó el partido no fue tan amplio como era de desearse: los intentos de fusión con el PRT, en parte por viejos residuos del antitrotskismo de los treinta y cuarenta que sostenían algunos grupos dentro del PCM, la alianza fue imposible. Por su parte, el Partido Mexicano de los Trabajadores, por cuestiones tan elementales como rechazar nada menos que el "socialismo científico" o el símbolo de la hoz y el martillo, dejó fuera de discusión cualquier acuerdo.

En cuarto lugar, el PCM comparte con los partidos europeos la estrategia de una "guerra de posiciones", en la que una táctica importantísima es ganar el poder en los municipios. Pero aquí, excepto por lo que se refiere a Alcozauca y Juchitán (donde el PCM tuvo injerencia gran medida gracias a sus ligas con la COCEI), los logros no fueron nada extraordinario.

Algo semejante sucedió, en quinto lugar, con la apertura hacia la Iglesia. El PPM y el MAUS se opusieron a las ligas que intentaba el PCM con grupos que, por otra parte, distaban del empuje y resolución de sus semejantes colombianos, brasileños o centroamericanos.

El modelo diverge de plano con la realidad en varios aspectos, en particular en el del parlamentarismo.

La razón de esto último es estructural e histórica: el sufragio universal y el sistema parlamentario tienen en nuestro país muy poco del arraigo y fuerza que poseen en Europa. De hecho, uno de los temas más debatidos dentro del PCM es precisamente su esfuerzo por participar en las cámaras, esfuerzo que estaría -según opinan sus críticos- mejor empleado en el trabajo de masas.

En segundo término, el PCM se aleja del eurocomunismo en cuanto a la importancia concedida a los estratos medios y a los grupos tecnocráticos. El PCM, afirma Carr, es mucho más "obrerista" que sus contrapartes europeos, y esto debido al mayor peso que han tenido los obreros en un desarrollo industrial relativamente reciente. No obstante, como también se ha mencionado, el PCM no ha descuidado el trabajo político de agrupaciones tan importantes como los sindicatos universitarios o el sindicato nacional de maestros. Carr relata con detenimiento uno de los intentos del partido por influir en grupos de clase media, la publicación de *El Machete*, que tropezó no sólo con problemas financieros y los conocidos obstáculos de distribución, sino con la oposición de algunos sectores del partido que pensaban que antes que todo estaba la discusión de los tradicionales tópicos sobre el movimiento obrero o los asuntos económicos.

En tercer lugar, el PCM se aparta del eurocomunismo en el problema de los jóvenes y las mujeres. El progreso ha sido particularmente lento en el caso de estas últimas, si se compara con los avances de otros partidos de izquierda. Sólo hasta 1981 el PCM reconoció la importancia del feminismo y el que no basta el cambio en las relaciones sociales de producción para liberar a las mujeres. No obstante, este reconocimiento ha sido teórico: en 1983, el partido rechazó una resolución que lo definía como feminista, aunque en realidad habría que pensar que no puede ser de otra forma cuando únicamente cuatro miembros de su Comité Central son mujeres, siendo el total de 75.

No obstante su buena factura y documentada información, el artículo de Carr que comentamos se queda en un plano descriptivo. No sólo se trataría de

saber si efectivamente el giro tomado por el PCM es calificable de eurocomunista, sino si en caso de serlo, por qué lo es. ¿Cuáles son las razones últimas que explican el surgimiento del eurocomunismo *también* en México, y en particular, dentro de un partido como el Comunista Mexicano?

No bastaría para contestar esta pregunta -como el mismo Carr sugiere un tanto tardíamente en las conclusiones- con apuntar la influencia de los partidos europeos a través de algunos de sus miembros más destacados, como Enrique Semo o Roger Bartra. Tampoco, con esgrimir la acusación de "reformismo".

Tal vez las dificultades provengan de una trampa metodológica en la argumentación: la de aplicar un modelo ideal a realidades distintas. Lo que se logra en este sentido, como creo que es el caso, es identificar declaraciones ideológicas que, como se sabe cumplen muchas veces cometidos políticos diferentes. El artículo de Carr, sin embargo, es un avance muy significativo en cuanto a los porqués se refiere.■

Eduardo Barraza

PROXIMO NUMERO
DE NUESTRA
REVISTA

ESTUDIOS
POLITICOS

CRISIS
Y ESTADO
DE BIENESTAR

Escuche en Radio UNAM
nuestros programas:
Actualidades Políticas
jueves a las 14 hrs., y
Análisis Político
martes y jueves a las 8.45hrs.

PUBLICACIONES

